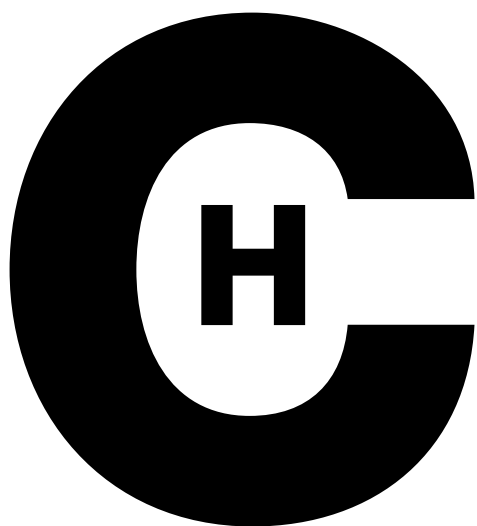




757/758
julio/agosto 2013

**Cuadernos
Hispanoamericanos**

757/758 Índice

Dossier

Aspectos de la filosofía de la ciencia hoy

José Francisco Álvarez: <i>Primeros pasos hacia una filosofía de la ciencia en una sociedad digital</i>	7
Javier Echeverría: <i>Evaluación mixta de las actividades científicas</i>	21
Sergio. F. Martínez: <i>Estilos, prácticas y paradigmas en la ciencia</i> . .	31
Nuria Valverde Pérez: <i>El retorno de las grandes narrativas</i>	45
Marta I. González García: <i>Ciencia, tecnología y sociedad</i>	69

Dossier

Elsa Morante entre poesía y novela

Silvia Acierno: <i>Elsa Morante y la teoría feminista</i>	83
Sharon Wood: <i>En torno a la narradora de Mentira y sortilegio</i> . .	95
Alba Andreini: <i>Palabras de autor sobre La isla de Arturo</i>	107
Goffredo Fofi: <i>Sobre Elsa e Il mondo salvato dai ragazzini</i>	117
Flavia Cartoni: <i>La Historia, a los (casi) cuarenta años de su publicación</i>	125
Graziella Barnabò: <i>El destino del individuo y del mundo en Aracoeli</i>	137

Punto de vista

Francisco Fuster García: <i>Íntimo y familiar: Baroja según los Baroja</i>	153
Eduardo Moga: <i>Algunos nombres propios</i>	171
Fabiola Maqueda: <i>«Tula» Gómez de Avellaneda: el abusivo trato de un testamento vital</i>	189

Íntimo y familiar: Baroja según los Baroja

Francisco Fuster García

Mi propia experiencia me indica que entre la imagen de un novelista –dada por la generalidad de los tratados de literatura y de los libros y artículos que se han escrito sobre él– y la que podía obtenerse mediante el trato familiar, cotidiano, hay una gran distancia.

Julio Caro Baroja
Semblanza de Pío Baroja (1972)

Desde dentro, desde el ámbito familiar, el personaje tiene otra imagen, es otra cosa. Empieza por ser una figura contemplada por otros ojos, y de presencia constante, continua y sin maquillaje, y no es solamente conocida a través de opiniones o de su obra, aunque sus ideas y sus opiniones sean vertidas con mayor sinceridad.

Pío Caro Baroja
Radiografía familiar o los Baroja desde dentro (1998)

Aire de familia

Sin llegar a ser abundantes –ni mucho menos– dentro del panorama de la literatura universal, sí existen casos en los que se da la feliz coincidencia de que dos hermanos o hermanas se hayan dedicado con éxito al cultivo de las letras: las Brontë (Charlotte, Emily y Anne), los Mann (Heinrich y Thomas), los Goytisolo (José Agustín, Juan y Luis) o los Machado (Manuel y Antonio), podrían servir como ejemplos notables de este tipo de casualida-

des. Mucho más raro es que esta vena artística afecte a varias generaciones dentro de un mismo linaje, dando lugar a aquello que solemos llamar una «saga de artistas». En la historia de la España reciente, el caso más paradigmático de este último género nos lo proporciona el de una familia cuyo apellido lleva más de un siglo en el primer plano de la actualidad: los Baroja.

Aunque asociado de forma inevitable al excelente libro de memorias publicado por Julio Caro Baroja con ese mismo título, el feliz hallazgo de esa fórmula –los Baroja– que engloba bajo un único apellido lo que fue un núcleo familiar variopinto y unido en la diversidad de sus integrantes, se debe a José María Salaverría, quien en el capítulo de su libro *Retratos* (1926) dedicado al miembro más conocido de la estirpe usó por primera vez el antropónimo con este sentido inclusivo. Entre otras cosas, el periodista castellonense venía a decir que para entender al escritor Pío Baroja (1872-1956) quizá era necesario conocer primero sus orígenes e indagar en ese fascinante hogar en el que había crecido la persona; una singular mezcla de personalidades dispares que convivían formando lo que, más que una familia al uso, parecía una especie de clan:

Es verdad. Los Baroja son plurales, y cierto es que no puede considerárseles aisladamente, sino como un conjunto familiar armónico. [...] Los Baroja han constituido siempre una familia apretada y en cierto modo indivisible, en la que cada uno contiene algo de personal y todos al mismo tiempo aportan al común cuanto poseen. En la obra de cada uno no es fácil de reconocer lo que hay de individual y de colectivo. La familia en pleno ha estado elaborándola. Así, Ricardo Baroja ha hecho sus cuadros y sus aguafuertes bajo la inspección y vigilancia de la familia entera, y del mismo modo ha escrito Pío Baroja sus novelas. Mutuamente se han criticado, ayudado y añadido.

A pesar de que es en este momento cuando se acuña la denominación luego aceptada y adoptada por la crítica, un año antes de aparecer esta semblanza, Ernesto Giménez Caballero ya nos había presentado a esta simpática tribu en una entrega de su serie «Visitas literarias» publicada en el diario *El Sol*; un largo reportaje en el que «Gecé» describía en términos muy parecidos a los empleados por Salaverría el universo familiar de los Baroja y optaba

por el vocablo latín *gens* para referirse a ese entramado intergeneracional construido en torno a unos lazos de parentesco difíciles de disimular:

Pero el centro de gravedad lo ha trasladado por último a Madrid, trayéndose a su madre y unificando así toda la familia procedente de esta anciana vasca, de estirpe italiana, matrona venerable de la casa número 34 de la calle de Mendizábal en torno a la cual se ha organizado un grupo etnológico, y como profesional, que tiene todas las características de un núcleo emigratorio del Renacimiento, de un clan de la Edad Antigua, de una familia griega de Santuario.

La familia Baroja-Nessi, unida a la Caro-Raggio, en esa casa medio señorial, medio comerciante, es un caso de pureza de tradiciones y de emigraciones raciales. El genio milanés, entre soñador y práctico, parece haber dado la norma de vida a aquella gente, «gens» verdadera.

Familia gremial al estilo antiguo, típica. Porque en ella todo el mundo parece tener un sentido del ensueño y un sentido audaz de la vida al mismo tiempo. Baroja acaricia en sus héroes ideales de místico y combinaciones de financiero. Su hermano Ricardo es así también. Al lado de su ardor y de su talento plástico, ha sabido poner en la vida ese gesto burlón, tan suyo, de las manos en los bolsillos del pantalón, como encogiéndose de hombros ante todas las cosas. La hermana es también un espíritu raro, de excepción, que impresiona poco a poco.

A estos primeros y acertados esbozos realizados desde la distancia de quien se asoma por fuera al interior de un hogar, se ha ido sumando con el tiempo la versión de los propios aludidos, que han contribuido más que nadie a que este retrato de familia sea cada vez más completo y cercano a la realidad. Y es que si algo han compartido todos los Baroja ha sido una casi enfermiza tendencia a la nostalgia, unida a la irreprimible necesidad de rememorar cualquier tiempo pasado —que para ellos siempre fue invariablemente mejor— y de poner en negro sobre blanco sus recuerdos. Prácticamente todos los miembros del clan han ejercitado alguna vez la memoria y han dejado páginas y páginas autobiográficas en las que con frecuencia se entrelaza lo personal con lo familiar, pues en ellos ambas esferas se confunden y vienen a ser una mis-

ma. Lo hizo Pío Baroja en sus ocho volúmenes de memorias tituladas *Desde la última vuelta del camino* (1944-1949) y en textos más o menos confesionales desperdigados en ese océano del «yo» que son sus «Obras completas»; lo hizo su hermana Carmen en unas emotivas y, por momentos, desgarradoras cuartillas recuperadas y editadas por Amparo Hurtado en ese precioso libro de memorias que es *Recuerdos de una mujer de la generación del 98* (1998); lo ha hecho y lo sigue haciendo Pío Caro Baroja (sobrino del escritor, hijo de Carmen Baroja y del editor Rafael Caro Raggio) en libros como *La soledad de Pío Baroja* (1953) y aportaciones posteriores; y lo hizo Julio Caro Baroja en la semblanza que le dedicó a su tío dentro del volumen *Semblanzas ideales* (1972) y, por supuesto, en *Los Baroja* (1972), sin duda la mejor fuente para conocer la familia y, al decir de muchos (entre los que me incluyo), uno de los mejores libros de memorias publicados en España durante la segunda mitad del siglo XX.

De lo escrito por todos ellos se deduce la existencia de una serie de rasgos definidores del comportamiento que han condicionando la evolución interna de la familia y que, a la vez, han contribuido a conformar esa imagen exterior que de ellos se ha ido forjando una sociedad española que, a menudo, los ha visto como un grupo impermeable, cerrado sobre sí mismo. La organización matriarcal a la que ya aludía «Gecé», la soltería de los hijos varones del clan, el afán por el trabajo abnegado o ese gusto por las artes y la lectura heredado del *pater familias*, Serafín Baroja (padre de Pío Baroja), serían algunos de esos principios establecidos por un «credo barojiano» sintetizado en esas palabras clave –individualismo, sinceridad, crítica, independencia, autosuficiencia, valentía y «coste»– enumeradas por el menor de los Baroja en uno de los ensayos incluido en su volumen recopilatorio *Crónica barojiana* (2000). De todas estas características, la que quizá destaca por encima del resto es esa tendencia al aislamiento que Pío Caro Baroja atribuye al fracaso concreto en el que desembocaron las aventuras de sus tíos relacionadas con la política (los diferentes intentos de Pío Baroja por salir elegido diputado o la defensa de la República que hizo Ricardo Baroja en los momentos iniciales y le costó la pérdida de un ojo en un accidente) o, en general, cualquier tentativa familiar de participar en la vida social del país: «las veces

que mi familia ha intentando asomar la cabeza fuera del mechina y sumarse a una empresa colectiva, ha recibido un aldabonazo». Sin embargo, y sin desmentir del todo esta relación causa-efecto que necesitaría –eso sí– de varios matices, creo que los motivos de este retraimiento de los Baroja son más endógenos que exógenos y que, por ello, quizá conviene buscarlos en la naturaleza de una familia que, por su propia y peculiar idiosincrasia, raramente se sintió cómoda en un entorno que, si no hostil, sí le resultó muchas veces incompatible. Quien mejor ha sintetizado este sentimiento es Julio Caro Baroja, que en el último párrafo del capítulo de *Los Baroja* dedicado a su tío escritor, resume con palabras certeras esa constante que ha presidido el devenir de la familia durante su centenaria existencia:

«Vivir un poco al margen en España y sin vínculo con el exterior: tal fue el destino de mi familia y mi mismo destino. Algunas veces me pregunto el por qué. Sin duda todos hemos adolecido de cierta excentricidad y de carácter algo difícil. Unos por un estilo, otros por otro. He pensado a veces asimismo en que había timidez familiar. Ahora no lo creo. Se trata más bien de una falta de acomodo físico, espantoso, con mucha gente: una hipersensibilidad para la antipatía y la simpatía de muy malas consecuencias, porque a la postre resulta que el número de personas antipáticas es mucho mayor que el de las simpáticas. Petulancia, satisfacción de sí mismo, gana de llegar a ser, ansia de honores, de dinero o de popularidad, respetabilidad social aparente, conformidad con el medio, todo esto han sido abominaciones para mi familia.

De esta convivencia de «puertas adentro» entre los miembros de la *gens* barojiana nacieron una serie de relaciones a dos o más bandas en las que casi siempre tomó parte –como implicado o como aludido– el más conocido de todos. Por eso, el objetivo principal que me he propuesto en este ensayo es reconstruir cómo fue esa relación del escritor con el resto de miembros del clan y, sobre todo, cuál fue la visión que esos otros Baroja tuvieron del más eminente de ellos. Mi propósito para estas páginas que siguen será sumergirme en los textos memorialísticos de los Baroja con el deseo de encontrar no al Baroja personaje, sino al Pío persona, que nada tiene que ver con esa imagen estereotipada que ofrecen

los manuales y enciclopedias. Lejos de tópicos y etiquetas, trataré de esquivar al mito para encontrarme al hombre, a ese Baroja íntimo y familiar que solo nos es dado conocer a través del testimonio impagable de quienes convivieron de cerca con él y respiraron la misma atmósfera, el mismo «aire de familia».

Un punto de vista femenino: las memorias de Carmen Baroja

En el capítulo de *Los Baroja* en el que repasaba la vida de su madre, Julio Caro Baroja reveló –décadas antes de que viesan la luz por primera vez– la existencia de «unas notas de recuerdos» escritas por su progenitora durante los últimos años de su vida; notas que él había leído «muy de prisa siempre» porque le producían una gran tristeza. Pese a que en páginas precedentes ya nos había dado alguna pista, insinuando que la de Carmen Baroja había sido una vida jalonada por insatisfacciones personales que le habían impedido ser plenamente feliz, tuvieron que pasar casi treinta años hasta que al fin fueron publicados esos papeles en los que, para sorpresa general de la crítica, la hermana de Pío Baroja ofrecía un punto de vista sobre la personalidad del escritor muy distinto al que hasta ese momento se había divulgado.

Lo primero que llama la atención de esos *Recuerdos de una mujer de la generación del 98* es, efectivamente, el poso de tristeza que rezuman sus páginas y esa especie de «yo» contenido que parece hablarnos al oído, como buscando la complicidad del hipotético lector que algún día pudieran tener aquellas líneas manuscritas sin más pretensiones que las del puro desahogo personal. De ahí ese constante recurso al eufemismo y al uso de sobreentendidos para decirlo todo sin decir nada; para maquillar con bellas palabras juicios contrarios a la ortodoxia moral de la época o –por qué no decirlo– a la imagen que de la propia autora tenía el resto del mundo, empezando por su familia. Como el resto de sus hermanos –Ricardo, Pío y Darío (el mayor de los cuatro, muerto a la temprana edad de 23 años)–, Carmen Baroja y Nessi (1883-1950) nació y se crío en el seno de una familia que, por la profesión itinerante del padre, ingeniero de minas sin destino fijo, pasó mucho tiempo recorriendo la geografía española (San Sebastián, Pamplona, Madrid) sin arraigar en ninguna parte. No obstante esto, parece que ese período de la niñez es lo único que se salva de

una trayectoria vital que tiene su punto de inflexión en torno al año 1900, cuando la joven Carmen cumple los diecisiete y se casa con el italiano Rafael Caro Raggio, quien luego fundaría la célebre editorial de la familia. Es a partir de este momento cuando, sometida a las inevitables responsabilidades del matrimonio, nuestra autora empieza a percibir que lo que el futuro le iba a deparar no se acercaba ni de lejos a lo que sus legítimos sueños de adolescente inquieta le había llevado a imaginar. Como explica Amparo Hurtado en el texto que sirvió para prologar sus memorias, la vida de la menor de los Baroja queda desde entonces y para siempre desdoblada: «de un lado, la vida doméstica (y aburrida) con su madre y con sus amigas, hecha de costumbres tradicionales; y de otro lado, la vida de la ciencia y del arte, presidida por el progreso y la libertad de pensamiento, con sus hermanos, con sus amigos y con su padre. El mundo de las mujeres que su madre –su antagonista– le imponía, y el mundo de los hombres, con el que se identificaba».

Este conflicto interno entre la realidad y el deseo, que va a presidir la vida de Carmen, se refleja de un modo evidente en unas memorias atravesadas por una voluntad de salir de ese encorsetamiento al que su condición femenina le había condenado prematuramente. Así se aprecia, por ejemplo, en la lacónica anotación –apenas quince líneas– que le sirve para resumir doce años de su vida –los que van entre 1913 y 1925– en los que las desgracias se fueron acumulando para llevarla a una espiral de frustración y melancolía. La falta de entendimiento con un marido por el que sentía cariño pero no amor, la prematura muerte de sus hijos Ricardo y Carmen con solo cuatro y dos añitos, respectivamente, y su perenne falta de entendimiento con una familia en la que sentía desaprovechada en su facultades, convergieron y dieron lugar a esa sensación crónica de no encajar en el ambiente, de estar siempre fuera de lugar:

Es esta época de mi vida de desabrimiento y de tristeza. En ella vi mi falta de inteligencia con Rafael; en ella tuve la desgracia de perder a mis dos hijitos, de ver lo que yo creía despego o por lo menos indiferencia de mi familia, principalmente de mi madre. Julito, demasiado pequeño –aunque yo notaba que él veía todo esto–, no era todavía mi consuelo, mi amigo, el hijo admirable que comprende y consuela de todo.

Esta cantidad de años se me figura que los he pasado estúpidamente y acaso no sea así. Yo hubiera querido trabajar para ser un poco independiente, pero no supe o no pude hacerlo.

En relación con lo que aquí nos interesa, con ese punto de vista femenino sobre el Baroja íntimo que la hermana del escritor nos puede dar, quizá lo más destacable de las memorias de Carmen Baroja, quien –y esto conviene recordarlo– participó activamente en la fundación del Lyceum Club y demostró en más de una ocasión sus inquietudes feministas, sea su testimonio sobre cómo vivió el hecho de ser la única mujer en una familia de varones. Y es que en esa división sexista –asumida como natural en el hogar de los Baroja, como en toda la España de la época– de las tareas domésticas y de intendencia en la gestión del hogar, fue ella quien tuvo que asumir de forma subsidiaria y por delegación de su madre, ese papel de benefactora y pacificadora abnegada, encargada de darse al resto:

Mi madre me acostumbró desde pequeña, sin violencia, y acaso yo era muy a propósito, para sentir la idea del deber. Mis hermanos y luego mi marido lo aceptaban. La moral de mi casa, muy *a la española*, era por demás rígida para mí en cosas pueriles y sin importancia, y muy laxa para mis hermanos en cosas que yo, ya entonces, consideraba importantes. Luego, después de casada, esta moral todavía se acentuó más y ya no tuve derecho más que a hacer mis labores domésticas y llevar la carga de muchísimas cosas. Lo que pudiera hacer fuera de esto o de ahorrar molestias y trabajos a los demás era como robar algo a mis deberes de mujer de su casa. Según mi familia no tenía derecho a nada más o acaso yo lo pensaba.

Como vemos, la queja es amarga y tiene un doble receptor, pues si en estas líneas hace a su madre responsable de ese trato desigual con respecto a sus hermanos, en otras no menos sinceras ataca de lleno la actitud nada solidaria de Ricardo y Pío, a los que culpa de no haberle correspondido con la misma generosidad incondicional con la que ella siempre les trató. Cuando, ya mayor, echa la vista atrás para dar forma a sus recuerdos, el balance de Carmen Baroja es de una frialdad sobrecogedora: las únicas personas por las que siente cariño son su hijos, Julio y Pío. Ni por su marido Rafael,

con quien convivió bien avenida hasta su muerte, pero sin llegar a alcanzar jamás ese grado de comprensión recíproca deseable en un matrimonio; ni con sus hermanos varones, a quienes parece no perdonar su falta de sensibilidad y egoísmo. De ambos dice —empleando uno de esos eufemismos a los que me he referido— que tuvieron una idea «muy española con respecto a las mujeres y a la familia», y que vivieron sus vidas más pendientes de su imagen pública como artistas que de sus responsabilidades como parte de una familia a cuyo bienestar no contribuyeron lo que hubiera sido deseable:

Ahora que soy vieja, no tengo estimación ni creo que cariño por casi nadie más que por mis hijos y algo por Rafael, que, a pesar de su carácter endiablado, tienes más puntos de contacto conmigo que mis hermanos, que, aunque mucho más afines, nunca se han ocupado más que de ellos mismos. El egoísmo de Pío siempre ha sido terrible; ahora ya da[ría] risa si no diera pena. A Ricardo le pasa igual [con] el egoísmo y la roñosería. Es terrible tener que convivir con personas que la mayor parte de su ser lo tienen que volcar al exterior, para el arte o la literatura o la política, nada para la familia ni para la casa. [...] Mi madre también en esto acostumbró a sus hijos a que no hablaran más que de lo que a ellos les interesaba y escamoteaba todas aquellas conversaciones que pudieran serles molestas o solamente aburridas, aunque fueran muy importantes. El caso es que luego han sido ellos los que siempre se han aprovechado de los esfuerzos y de las comodidades que los demás les hemos proporcionado, pero sin darles importancia y no dándose por enterados, como si a ellos las cosas les vinieran del cielo, como el maná.

Por todo lo visto hasta ahora, no debe sorprendernos la conclusión que, a mi juicio, podemos extraer de esta mirada femenina sobre el Baroja más familiar. Aunque sería falso decir que Carmen Baroja no quiso a sus hermanos, que no sintió jamás el amor fraternal, de la lectura de sus memorias se desprende una incompreensión mutua que, lejos de aminorar con el tiempo, se fue acrecentando a medida que Carmen se hacía mayor e iba digiriendo a la fuerza los sinsabores de una existencia plagada de renunciias e ilusiones rotas. Si hemos de creer lo que nos dice en sus memorias sobre su hermano Pío, las razones por las que el escritor no

fue capaz nunca de empatizar con ella son múltiples, pero todas convergen en una misma: ese egoísmo inherente a su personalidad que, no por conocido y aceptado, dejaba de provocarle tristeza, sobre todo en lo relativo al trato por él dispensado al resto de miembros del clan. El problema del Baroja íntimo, concluía Carmen, es que «nunca vio ni le interesó lo que había a su lado» y que, a pesar de su condición de escritor, de novelista conocido por su habilidad para penetrar en la psicología de las personas y trasladarla a sus personajes, no hizo jamás el esfuerzo necesario para conocer en profundidad a quienes le rodeaban: «Pío no se ha parado a verlo nunca, ni lo suyo ni lo ajeno. No sabía cómo era su madre, ni su padre, ni sus hermanos, ni él mismo. Probablemente, se hizo una ficha muy esquemática hace mucho tiempo y se quedó sin más preocupación». Por eso, el pasaje que, desde mi punto de vista, nos da la clave necesaria para entender esa visión femenina del Baroja familiar que he querido rastrear en las memorias de su hermana, es aquel en el que Carmen abandona la prudencia en las formas que le era propia para juzgar al autor de *El árbol de la ciencia* con una dureza tan poco habitual en ella que hasta puede parecer excesiva. Son apenas unas pocas líneas, pero a través de ellas se verbaliza un sentimiento acumulado y guardado durante décadas de convivencia; una opinión que, de repente, toma la forma de un juicio severo que brota del corazón para salir de la pluma, sin autocensura:

Indudablemente, lo mejor de los hombres que han hecho algo son sus obras, en general muy superiores a su persona.

Al referirme a esto lo hago pensando en mis hermanos, sobre todo en Pío. No sé si seré injusta con él, creo que no; todos lo que le han tratado últimamente pueden asegurar lo que digo, empezando por mis hijos. Pío ha sido un hombre que no ha tenido más preocupación en su vida que sus escritos y la manera de hacerlos.

La síntesis del heredero: el testimonio de Julio Caro Baroja

Siendo distintas en muchas cosas, las personalidades de Pío Baroja y de su sobrino, el historiador y antropólogo, Julio Caro Ba-

roja (1914-1995), convergen en algunos puntos que hacen del vínculo que les unió algo más hondo que una pura y simple relación de parentesco. De hecho, y como los propios protagonistas han dado a entender múltiples ocasiones, Baroja actuó con su sobrino como una especie de mentor, tutelando personalmente su formación y colmándole con atenciones exclusivas y gestos de cariño que revelaban la especial debilidad que el escritor sintió por aquel joven despierto y estudioso. Por su parte, Julito –como se le llamaba afectuosamente en familia– dio muestras desde muy pequeño de una madurez impropia de su edad y se comportó como esos buenos discípulos que hacen suyas las virtudes del maestro y corrigen en su persona los vicios, llegando a convertirse en el heredero natural de su tío y en el miembro de la familia que, a mi juicio, mejor condensa lo bueno que hay en el gen barojiano. Teniendo en cuenta la intensidad de esta relación surgida entre ambos, mi deseo es completar este retrato del Baroja familiar, añadiendo ahora al testimonio de Carmen Baroja el de su hijo, Julio, en cuyos textos pretendo encontrar pistas y datos que nos desvelen esa intimidad del escritor en el día a día, en sus grandezas y miserias cotidianas.

En un breve ensayo elocuentemente titulado «Pío y Julio: vidas paralelas», escrito en fecha reciente por Pío Caro Baroja como introducción a la reedición la semblanza que su hermano dedicó a Pío Baroja, dice el menor de los Baroja que tío y sobrino «formaron el eje familiar alrededor del cual giró la familia», y que el resto de integrantes de la *gens* barojiana solo ejercieron como «acompañantes», como tripulación de aquel barco pilotado por dos hombres solteros (dato fundamental, sin el cual no se explica la biografía de ambos) que asumieron el liderazgo simbólico de la saga y actuaron –sobre todo en el caso de Julio– como aglutinantes en los momentos de zozobra en los que la nave barojiana parecía navegar sin rumbo fijo. Fue precisamente en esos momentos duros cuando más se estrecharon unos lazos de confianza mutua entre tío y sobrino que nacieron durante la niñez del pequeño Julito y se prolongaron hasta esa vejez de Pío Baroja en la que la arterioesclerosis le fue consumiendo poco a poco.

La buena sintonía establecida desde el principio entre tío y sobrino hizo que, hasta la muerte del primero, su relación estuviese presidida por la complicidad y el entendimiento recíproco, partien-

do del hecho de que Baroja no era un hombre especialmente dado a las confesiones personales; más bien todo lo contrario. Como explica Julio en el texto que le dedicó en el volumen *Semblanzas ideales*, una característica común al clan barojiano era el excesivo celo que todos sus miembros guardaron a la hora de desvelar sus intimidades en el ámbito familiar, donde los asuntos personales no eran jamás objeto de discusión. En este sentido, no es difícil imaginar que su tío no fue una excepción a la regla; al revés, el Baroja íntimo fue un hombre extremadamente pudoroso y poco propenso a desvelar un secreto, ni siquiera a su confidente natural, quien sí le merecía esa confianza que no le inspiraban los demás:

[...] mi tío Pío era refractario a confidencias y ni siquiera a mí me las hizo. La confidencia le parecía algo que podía considerarse impúdico, y un rasgo que le caracterizó siempre, aun en los últimos días, en que parecía no tener conciencia de nada, fue el del pudor, un pudor extraordinario.

[...] En torno a los asuntos sentimentales de un miembro de la familia, en torno incluso a las cuestiones de dinero, se guardaba una especie de hermetismo absoluto, y cuando las más graves preocupaciones de esta índole embargaban a todos, se procuraban encubrir mediante una conversación trivial sobre el tiempo, la cantidad de sal que tenía un guiso o la posibilidad de que se enfriara la sopa. Nunca una familia ha hablado menos de asuntos familiares y más de asuntos de los que se llamaban «generales». Es decir, de artes, de ciencias, filosofía o política, de todo lo divino y lo humano, con tal de que no tocara de cerca a los asuntos pertenecientes a ella.

Haciendo un repaso cronológico por las distintas etapas de su vida desde la perspectiva de la intimidad personal que me he propuesto rescatar en este ensayo, parece que en la existencia de Pío Baroja hay un hito claro que marca un antes y un después: la muerte de su madre, Carmen Nessi (1849-1935). Como cualquiera que haya leído algún texto autobiográfico del escritor habrá podido deducir, Baroja vivió sin separarse de su progenitora durante toda su vida y gozó del amor maternal como creo que no lo hizo ningún otro miembro de la familia, pues contrajo con su madre un fortísimo enlace afectivo que no conoció el más mínimo altibajo.

En efecto, el 1935 fue un *annus horribilis* para el novelista y la fecha que señala el inicio de una nueva etapa vital, lastrada por esa pérdida irreparable que es la primera desgracia de las muchas que se iban a suceder desde entonces sin solución de continuidad. A partir de ese momento, ha escrito Julio Caro Baroja, la vida del escritor –que a estas alturas tiene ya, no lo olvidemos, sesenta y tres años– «dio un gran bajón en todo, comenzando a sentir los síntomas de una vejez que aún había de prolongarse». La consecuencia primera y más directa de esta muerte fue, paradójicamente, el acercamiento del escritor al núcleo familiar de los Caro Baroja y su búsqueda en aquel círculo, concretamente en la persona de su hermana Carmen, de ese refugio sentimental femenino que Baroja siempre necesitó y del que había quedado huérfano.

Por otra parte, este acontecimiento luctuoso se produce en vísperas de la Guerra Civil y de una década en la que los Baroja atravesaron los que sin duda fueron sus peores años, reclusos en la casona familiar de Itzea en un intento de aislarse del mundo y de minimizar los efectos de una contienda que, sin embargo, les terminaría afectando de lleno. En el caso particular de Pío, esta ruptura con el conjunto de la sociedad española fue progresiva pero irremisible. «Al advenimiento de la República –recuerda su sobrino en *Los Baroja*– él era ya un hombre ajeno a todo lo que entonces ocurría, y vivió más ajeno a influencias y amistades que nunca: sólo después, en plena guerra, esta sensación de vacío en derredor llegó a ser aún más grande. Tras la época de las vacas flacas había de llegar la de las vacas esqueléticas». Cuenta también Julio Caro Baroja en sus memorias que fue justamente durante la guerra, en la que su familia –de ideología inequívocamente liberal– no se alineó explícitamente con ninguno de los dos bandos en liza porque en ambos vio actitudes con las que no se identificaba, cuando más piedad sintió por el sufrimiento que veía padecer a su tío. Cuando este volvió de su exilio en París (donde había huido prudentemente tras aquel episodio –mil veces contado– con los requetés que le detuvieron y le encarcelaron) a finales de 1937 para reunirse con la familia en el pueblo navarro de Vera de Bidasoa, contribuyó con sus publicaciones a aliviar la maltrecha situación económica de los Baroja, pero provocó una preocupación proporcional en unos seres queridos que veían que aquel viejo escritor que regre-

saba a casa tras más de un año de destierro en Francia no era el mismo que se había marchado: «su presencia resultaba angustiosa, porque su imaginación, mucho más potente que la del resto de la familia, tenía entonces la tendencia a reconstruir de continuo escenas y situaciones de la tragedia y cualquier pequeño detalle de la vida del pueblo le servía para esto. Nunca, ni en su extrema vejez, he sentido un cariño y una piedad mayor por mi tío».

Luego, y ante la imposibilidad de soportar el ambiente viciado e irrespirable de un país en guerra, vino una segunda marcha a París a principios de 1939 y un retorno definitivo a España en junio de 1940. Durante la década de los cuarenta, que es la de los setenta si hablamos de su edad, el carácter de Pío Baroja se fue agriando y su relación con el resto de la familia se enfrió cada vez más. Como hombre de naturaleza solitaria y sedentaria que siempre había sido, exacerbó su insociabilidad y se refugió en un interminable proceso de escritura y reescritura de novelas que le mantuvo ocupado –física y psicológicamente– hasta el final de sus días. Significativo en este sentido es el caso del vínculo con su hermano, con quien, pese a las evidentes diferencias que les separaban, siempre había mantenido una relación de cariño. Baroja, que de joven había llegado a sentir admiración por su hermano, en quien valoró unas aptitudes artísticas como dibujante y grabador fuera de toda duda, se distanció voluntariamente de Ricardo al ver que, según su opinión, desaprovechaba esas excelentes cualidades para darse a un tipo de vida disoluto que nada tenía que ver con su ascética visión del trabajo como algo que requería constancia y método. Así lo explica el sobrino de ambos en la semblanza de 1972: «los años hicieron de uno un hombre tenaz, callado, empeñado en realizar una obra y del otro una mezcla de artista, de bohemio y de dandy. El encanto se rompió de un lado. Mi tío reprochaba a su hermano su versatilidad, el haber derrochado unas facultades extraordinarias».

Cuenta Julio Caro Baroja en sus memorias que durante la vejez, su tío «tuvo una sensación mayor que nunca de que la vida no tiene objeto, ni fin concreto». El desencanto se adueñó de un hombre que solo encontró el calor humano en su casa madrileña de la calle Ruiz de Alarcón, donde –mientras su precaria salud se lo permitió– se reunió una tertulia a la que acudían viejos amigos y jóvenes escritores en busca de consejos y anécdotas que contar.

Como cuenta Pío Caro Baroja en su *Crónica barojiana*, su tío se había convertido en uno de esos gatos antiguos «de estufa y un poco de tejado, que aún es capaz de soñar con sus salidas»; en un goloso que, como un niño pequeño, comía y comía sin medida las golosinas y dulces que le traían las visitas hasta empacharse. Esa rutina monótona del viejo que vive viendo la vida pasar, encerrado en los recuerdos de un pasado mejor, solo era felizmente quebrada los días en los que Pío Baroja celebraba su cumpleaños. Los 28 de diciembre de cada año, como ha recordado el sobrino menor del escritor, la casa familiar se convertía en un fiesta, en una especie de homenaje improvisado por el que circulaban multitud de gentes que colmaban de parabienes a un hombre mayor que, por un día, olvidaba esa espada de Damocles que pesaba sobre su delicada salud mental, muy perjudicada ya por el avance de una arterioesclerosis que le iba minando la memoria sin prisa pero sin pausa.

Quien más cerca estuvo de Baroja durante sus últimos años fue, como hemos dicho, su sobrino Julio. Él le cuidó y él recibió también severas críticas por parte de periodistas y gentes del gremio literario que le acusaban de no velar por el buen nombre de su tío al dejar que, a pesar de su avanzada edad, siguiera escribiendo y publicando obras que, desde el punto de vista literario, no aportaban nada nuevo a la obra de un escritor que no merecía que se hiciese público el declive de sus facultades. En respuesta a estas y otras insinuaciones maledicentes, Julio escribió en su defensa años después que «a un hombre viejo no se le debe dar la sensación, ni por un momento siquiera, de que está decadente o flojo», y que hubiese sido una impertinencia por su parte el contrariar la voluntad de un Baroja que todavía se sentía escritor, porque era lo que había hecho toda su vida y lo único que sabía hacer. Además, añadía Julio, si no como obra literaria a la altura de otras publicadas durante su vida, los papeles escritos por el novelista en esos años finales tenían su interés como «documentos humanos»: «¿Es que un hombre a los setenta u ochenta años no «tiene derecho» a decaer? ¿Es que el espectáculo de la ruina no es tan significativo como el del apogeo y más dramáticamente enternecedor?» Julio, que de pequeño había sido el centro de todas las atenciones de su tío, pasó de ser «ojito derecho» a convertirse en su «mano derecha», en el ángel de la guarda encargado de cuidar a ese ser

querido con el que se sentía en deuda. Testigo directo de la vejez del escritor, vivió los momentos más difíciles de la enfermedad y fue protagonista involuntario de anécdotas enternecedoras que demuestran hasta qué punto llegó su compromiso con aquel anciano desvalido en el que se había convertido Pío Baroja:

A última hora las tornas se volvieron. Los cuidados que me prodigó siendo niño, un niño débil y precoz como el pequeño Dombey, se los he tenido que prodigar, durante una vejez larga y en gran parte parecida a la infancia; una vejez dickensiana.

Porque mi tío en mis últimos años había perdido casi en absoluto la conciencia y había que cuidarle, ya que no tratarle, como a un niño. Al final de sus ochenta y tantos años de vida, todo se le había borrado en la conciencia, salvo algunas impresiones infantiles o de adolescente. Ni la literatura, ni las ideas políticas, ni la religión, ni el arte o la ciencia le interesaban gran cosa. No podían interesarle. Pero, de repente, de noche, se despertaba sobresaltado, angustiado y venía a decirme la causa de su congoja: tenía que ir a examinarse al Instituto o a la Universidad, y no sabía nada. Para tranquilizarle, lo mejor era no discutir la realidad de estos exámenes terribles, obsesionantes. Era menester decirle que alguien había avisado que quedaban aplazados, que estábamos en vacaciones o que ya se habían celebrado. Y entonces se ponía contento y, entre risas, volvía a la cama.

En un artículo titulado «Perspectiva profunda de don Pío Baroja», publicado por Julio Caro Baroja en *La Vanguardia Española* (10 de noviembre de 1966) con motivo del aniversario de la muerte de su tío, decía el sobrino del escritor que diez años después de su desaparición, la gente había olvidado totalmente al hombre y solo se acordaba del mito, de las cuatro o cinco anécdotas descontextualizadas con las que se elaboran los libritos «hostiles o de intención ambigua». El problema de Pío Baroja, concluía Julio, es que ni la historia parecía capaz de quitar esa pesada losa de juicios y etiquetas que, acumuladas por el tiempo, había ido cubriendo la carne que hay bajo toda piel, por gruesa que esta sea:

«La historia juzgará», se dice una y otra vez. No, la historia se contentará con generalidades y menudencias. La vida indivi-

dual, real –como todas las cosas más graves de este mundo–, quedará hermética, irreductible, libre de miradas indiscretas. Y la de mi tío, no la de Pío Baroja el escritor, menos la del ser mítico, unida a la de sus padres, hermanos y amigos está ya sumergida en el océano de la muerte inescrutable.

Lo que he tratado de mostrar en este ensayo es justamente eso: que dentro del mismo Pío Baroja existen varios («todos los Baroja, Baroja», habría podido decir Julio Cortázar) y que, al lado del «Baroja mito», de ese personaje de manual de literatura cuya leyenda ha fagocitado la personalidad real del escritor, su *ego pe-recedero*, existe un Baroja «íntimo y personal» –o «íntimo y familiar», si me permite el cambio– que casi nadie de nosotros conoce. No he querido decir con esto que esa imagen que todo tenemos de Pío Baroja como un hombre agrio y contradictorio, de talante hosco y carácter poco sociable, sea completamente falsa; solo he pretendido advertir al lector de que ese retrato robot del novelista no es ni más ni menos que eso: una imagen probable de otras muchas posibles.

Bibliografía

- Baroja, Carmen, *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*, Edición y prólogo de Amparo Hurtado, Barcelona, Tusquets, 1998.
- Caro Baroja, Julio, *Los Baroja (memorias familiares)*, Barcelona, RBA Libros, 2011 [primera edición en 1972; segunda edición corregida y aumentada en 1978].
- ——— *Semblanza de Pío Baroja*, Edición de Jesús Alfonso Blázquez González, Introducción de Pío Caro Baroja, Madrid, Ediciones 98, 2011.
- Caro Baroja, Pío, *Crónica barojiana. La soledad de Pío Baroja*, Madrid, Caro Raggio, 2000.
- Fuster García, Francisco y Serna, Justo (coords.), Dossier monográfico «Pío Baroja, una perspectiva contemporánea», en *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, nº 37, 2012.
- Giménez Caballero, Ernesto, «Visitas literarias: la de Pío Baroja (I y II)», *El Sol*, 12 y 13 de febrero de 1925.
- Salaverría, José María, *Retratos: Regoyos, Baroja, Unamuno, Ortega y Gasset, Becher*, Madrid, Espasa-Calpe, 1926. ©